
La aventura del albañil

Había en otro tiempo un pobre albañil en Granada, que guardaba los festivos -incluyendo a *San Lunes*-, y a pesar de su devoción era muy pobre. Una noche despertó por un aldabonazo que dieron en su puerta. Abrió, y se encontró con un clérigo de rostro cadavérico.

-¡Buen amigo! -le dijo el desconocido-. He observado que eres un buen cristiano. ¿Quieres hacerme un chapuz esta misma noche?

-Con toda mi alma, reverendo padre, con tal de que se me pague razonablemente.

-Serás bien pagado; pero tienes que dejar que se te venden los ojos.

Después de teparle los ojos, lo llevó el cura por unas estrechas callejuelas hasta que se detuvieron en el portal de una casa. El cura recorrió la cerradura. Luego que entraron, echó los cerrojos y condujo al albañil hacia un espacioso salón. Allí le quitó la venda y lo pasó a un patio. En el centro había una taza sin agua de una antigua fuente morisca, bajo la cual le ordenó el cura que formase una pequeña bóveda. Trabajó el albañil toda la noche, y antes de romper el día el cura le puso una moneda de oro en la mano y, vendándole de nuevo los ojos, le condujo otra vez a su casa.

-¿Estás conforme -le dijo- en volver a concluir tu trabajo?

-Con mucho gusto, padre mío, con tal de que se me pague bien.

-Bueno; pues, entonces, mañana a medianoche vendré a buscarte.

Lo hizo así, y se concluyó la obra.

-Ahora -dijo el cura- me vas a ayudar a traer los cuerpos que se han de enterrar en esta bóveda.

Al oír estas palabras se le erizó el cabello al pobre albañil. Siguió al cura con paso vacilante hasta una apartada habitación; pero cobró alientos al ver tres o cuatro orzas grandes. Estaban llenas de dinero, y con gran trabajo consiguieron ponerlas en su tumba. Entonces se cerró la bóveda, se arregló el pavimento y cuidose que no quedara la menor huella. El albañil fue vendado de nuevo y sacado fuera. Después de haber caminado mucho tiempo por un confuso laberinto de callejas, se detuvieron. El cura le entregó dos monedas de oro, diciéndole:

-Espera aquí hasta que oigas las campanas de la Catedral; si tratas de quitarte la venda antes de tiempo te ocurrirá una desgracia.

Y esto diciendo, se marchó. El albañil esperó fielmente y en cuanto las campanas de la Catedral dieron el toque matinal se descubrió los ojos y se encontró en la ribera del Genil, desde donde se fue a su casa, pasándolo alegremente con su familia durante medio mes con las ganancias, y volviendo después a quedar tan pobre como antes.

Continuó trabajando poco y rezando mucho, mientras su familia estaba flaca y desharrapada. Hallábase cierta noche sentado en la puerta de su casucho cuando se le acercó un rico viejo avariento. El acaudalado propietario quedose mirando fijamente a nuestro alarife y, frunciendo el entrecejo, le dijo:

-Me han asegurado, amigo, que te abrumba la pobreza.

-No hay por qué negarlo, señor, pues bien claro se trasluce.

-Creo, entonces, que te convendrá hacerme un chapucillo, y que me trabajarás barato.

-Más barato, mi amo, que cualquier albañil de Granada.

-Pues eso es lo que yo deseo; poseo una casucha vieja que se está cayendo, por lo cual me propongo remendarla del modo más económico.

Llevó, en efecto, al albañil a un caserón viejo y solitario. Después de atravesar varios salones entró nuestro albañil en un patio interior, donde vio una vieja fuente morisca, en cuyo sitio detúvose, pues le vino a la memoria un recuerdo vago.

-Perdone usted, señor. ¿Quién habitó esta casa antiguamente?

-¡Malos diablos se lo lleven! -contestó el propietario-. Un viejo y miserable clerizonte. Desde su fallecimiento me ha cabido la suerte más mala del mundo. La gente afirma que se oyen todas las noches sonidos de monedas en el cuarto donde dormía. Lo cierto es que ha tomado mala fama mi casa.

-Entonces -dijo el albañil resueltamente- déjeme usted vivir en su casa hasta que se presente algún inquilino mejor, y yo me comprometo a repararla y a calmar al espíritu que la inquieta. Soy buen cristiano y no me da miedo el mismo diablo en persona, aunque se me presentara en la forma de un saco relleno de oro.

La oferta del honrado albañil fue aceptada alegremente; se trasladó con su familia a la casa y cumplió todos sus compromisos. Poco a poco la volvió a su antiguo estado, y no se oyó más de noche el sonido del oro en el cuarto del cura difunto; pero principió a oírse de día en el bolsillo del albañil vivo.

I. Washington. (1832). Cuentos de la Alhambra.